

te de los que estan convencidos, y tienen la felicidad de ser cristianos; que querriais creer como ellos, pero que no está en vuestea mano: lenguaje poco sincero con que os engañais á vosotros mismos, pero que no puede engañarnos á nosotros. No, no teneis un deseo verdadero de creer en la religion: y si no decidme: ¿qué es lo que haceis para llegar á convenceros? Recojeis con ansia cuanto le es contrario, y desechais con desden cuanto la favorece: teneis continuamente en vuestras manos libros que solo respiran impiedad y amor á los placeres, y léjos de vosotros los que estan consagrados á la defensa del cristianismo: descendais la aclaracion de vuestras dudas, no pedis la solucion de vuestros argumentos, y jamas estudiáis los títulos fundamentales del cristianismo. Y ¿quereis con esto llegar á creer! Confesad que sois incrédulos sin saber por qué, y convenid en que os habeis decidido á serlo sin motivos perentorios, ó mas bien solo por razones frívolas: es decir, que habeis llegado á ser incrédulos y que real y verdaderamente continuais siendolo por un exceso de credulidad.

¿Quereis que os tenga por racionales? Haced uso de vuestra razon, citad ante su tribunal vuestras opiniones tan ligeras como inciertas

acerca del cristianismo: servios de todo vuestro entendimiento para aclarar vuestras dudas, para conocer perfectamente lo que solo conoceis de un modo imperfecto, y dirigios ante todo al Padre de las luces para que os ilumine en las tinieblas. Pedidle, como S. Agustin, conocerle y conoceros, *noverim te, noverim me.* En efecto, señores, siendo Dios el primero de los seres, la religion es la primera de todas las cosas. En las ciencias naturales hallaréis sin duda mucho de que almentar vuestra curiosidad, mucho con que ocupar y hacer agradables vuestros ocios, y con que ser útiles ademas á vuestros semejantes; pero lo que reprime el vicio, arregla la conducta, consuela en las desgracias, hace al hombre bueno, feliz y superior á las tempestades de las pasiones, como á las revoluciones del tiempo, es preciso buscarlo en una region superior á la que habitamos, y pedirlo á esta religion celestial que fija el alma por la fe, la sostiene por la esperanza y la perfecciona por la caridad, y es una áncora de salvacion en medio de todas las tempestades, rota la cual nada queda que esperar sino el mas triste naufragio.

Queda probado que la incredulidad de los jóvenes no es ilustrada, y ahora añado que no es sincera.

La convicción íntima é inmutable del verdadero cristiano es, señores, una cosa muy digna de nuestra atención. En unos se manifiesta por su conducta, por sus acciones, por sus discursos, por las virtudes que prescribe, y aun por la misma perfección que ella aconseja, y hace practicar: en otros se conserva aun en medio de aquellas pasiones que intentan destruir, y de los extravíos que parece deberian aniquilarla. Creyentes estos en espíritu, pero débiles de corazón, no practican lo que creen, y son ciertamente inconsecuentes, pero no incrédulos. ¿Qué cristiano hay que al llegar al término de la vida se arrepienta de haberlo sido, y que temiendo haberse engañado en su creencia, se sienta inclinado á hacerse incrédulo por conciencia, y á abjurar el cristianismo por agradar á la Divinidad? O por mejor decir, ¿quién será el que no se regocije de haber permanecido fiel á la religion y á los deberes que impone? Pero ¿sucede esto en la incredulidad? No ciertamente.

En vano aparentan los jóvenes incrédulos una grande seguridad en su opinion; en vano toman el tono mas decisivo, y tratan con un soberbio desdeñ todo lo que es creencia y prácticas religiosas: nada son para mi todas esas ex-

terioridades de una convicción aparente; porque veo en ellas mas bien la máscara de la persuasión, que la persuasión misma: consultemos si no la experiencia, y ella nos enseñará que muy frecuentemente parecen incrédulos sin serlo en realidad. ¡Cuántas veces en efecto dominado un joven por respetos humanos, aplaude una blasfemia que reprueba en el fondo de su corazón! ¡Cuántas veces no le arrastra mas allá de lo que pensaba la manía de parecer hombre de ingenio, y el deseo de soltar un dicho picante, aunque impío, y cuántas circunstancias no descubren aun sin que él mismo lo advierta el fondo de sus verdaderos sentimientos! Si en uno de aquellos momentos en que mas se apaciguan las pasiones, y en que vuelto en sí conoce mejor la verdad, llega á acordarse de aquellos dias en que creyendo y practicando una misma cosa vivia tranquilo en la paz de una conciencia pura, entónces á pesar de su aparente incredulidad llorará un tiempo que ya no existe. Si ve á alguno de sus compañeros de edad cuyas obras demuestren su fe; modesto, laborioso, irrepreensible y fiel á todos los deberes de su religion, entónces envidiará en secreto su suerte, y aun en el momento mismo en que por debilidad se burle de su piedad, sentirá

no parecersele. Si se le hacen algunas observaciones sobre su incredulidad, y sobre los débiles apoyos de lo que llama sus opiniones, si se le pide razon de los motivos que le han determinado, se le verá turbado y lleno de agitación. ¿Quién es en efecto el que tiene un sistema de incredulidad bien enlazado en todas sus partes, y fundado en principios bien luminosos? ¿En qué puede haberse fijado despues de haber traspasado los límites sagrados? Si no profesa el símbolo de los cristianos, díganos cuál es su símbolo, qué es lo que ha conservado de la religion revelada, y qué lo que admite de la religion que llaman natural; pero hablemos francamente, ni sabe lo que cree ni lo que no cree, y fluctúa y vacila combatido por toda clase de doctrinas. ¿Cuál es en efecto el incrédulo que se halle penetrado de aquel fuerte convencimiento que tienen de su religion tantos cristianos que la profesan con fidelidad, y que cumplen valerosamente sus deberes? ¡Cuántos no vemos que convertidos á la religion por la reflexion ó por la desgracia, han confesado ingénuamente que solo eran incrédulos exterior y aparentemente!

¿Qué vemos ademas en el curso ordinario de la vida? La prosperidad embriaga, las pasio-

nes arrastran, la vanidad ciega, y entónces en cierta especie de delirio se olvida á Dios, su religion y sus leyes, se blasfema de todo, y los desgraciados que llegan á este extremo, se llaman ellos mismos incrédulos y creen serlo en efecto. Pero híerales la desgracia con algun terrible golpe, y entónces se ve con asombro desvanecerse aquella incredulidad que parecia tan firme: pierda un esposo á una esposa querida, una madre á su hijo, un amigo á su amigo, y su irreligion que tan constante parecia, se ve ya como acosada: los irrita la idea de no tener ya vida el ser que era objeto de su ternura, y de estar ya reducido á la nada ó de ser cuando mas un polvo vil é insensible. Hay en este pensamiento cierta cosa que los desconsuela, y aun á su pesar se complacen en creer que no todo ha muerto con él, que alguna de sus partes le ha sobrevivido, y por un sentimiento natural que no pueden evitar, se abisman en una profunda meditacion y se entregan al pensamiento de un Dios, de una providencia y de una vida eterna; pensamiento que se aviva principalmente al tributar los últimos deberes á lo que hemos amado. Nunca quizá asaltan mas al hombre los sentimientos religiosos que al verse en la morada de los muertos: jamas á la vista de

un sepulcro dice que no hay Dios: no, humillado al contrario de su degradacion corporal á la vista de las reliquias y de los restos de sus semejantes, siente un dulce consuelo al considerar el destino de su alma inmortal, y procura salvarse de las borrascas del tiempo en el puerto de la eternidad. En efecto, ¡con qué facilidad, cuando se quiere reflexionar, nos conducen estas grandes y primeras ideas de un Dios y de una vida futura á la religion que nos enseña á adorar al uno, y á encontrar la felicidad en la otra!

Ved pues de cuantas maneras se descubre la fe aun en aquellos mismos que parecen no tenerla ya. Sí, jóvenes incrédulos, vosotros creéis todavía mas de lo que quisiérais creer; y al mismo tiempo que vuestros discursos ultrajan la religion, vive un resto de fe en la parte mas íntima de vuestro corazon; sentis dentro de vosotros mismos una cierta cosa que clama contra vuestro language, es un fuego oculto, pero no apagado, del que de tiempo en tiempo salta una chispa, cuya luz os sobresalta. Os hallais cuando mas en una especie de duda y de perplejidad, y esa misma imposibilidad de sufocar enteramente toda creencia á pesar de todos vuestros esfuerzos, atestigua altamente cuan insepa-

rable es de vosotros mismos el sentimiento religioso. Acaso tambien disputais frecuentemente contra la religion; pero esos mismos argumentos descubren vuestro deseo de tranquilizaros en vuestra irreligion: quisiérais en fin hallar aquella calma, aquella luz y aquella adhesion imperturbable del espíritu, en que consiste la conviccion, pero que no teneis. Se ha dicho de un poeta voluptuoso que mezcla en las pinturas del placer los recuerdos de la muerte, *hablaria ménos de ella si no la temiese*: ¡y no podriamos decir de vosotros, que disputariais ménos contra el cristianismo, si os halláseis mas libres de los temores que os inspira? ¿Quisiérais que la muerte os sorprendiese en este estado de incredulidad, ó no procurais mas bien tranquilizaros con la vaga esperanza de examinar algun dia la religion, y de volver á ella? ¡Y no son estas disposiciones secretas, aunque frecuentemente imperceptibles, la prueba, como dice Tertuliano, de una alma naturalmente cristiana? Luego vuestra incredulidad no es constante ni sincera.

Pasemos al tercer punto, á saber, que la incredulidad de los jóvenes no está fundada en motivos puros ni es desinteresada.

Al ver á un incrédulo, que despues de haber

andado extraviado por largo tiempo en los senderos de la irreligion y del vicio, vuelve por fin al cristianismo, al ver que le profesa públicamente, que le practica, y que sujeta sus costumbres al yugo del evangelio, confieso que semejante conversion me admira y me conmueve, porque todo me obliga á creerla sincera. ¿Qué interes en efecto puede tener en abandonar unas opiniones cómodas por una religion, pura á la verdad, pero en contradiccion con sus inclinaciones? ¿Cómo ha sido subyugado este entendimiento rebelde? Aquí es donde yo admiro el imperio de esa religion que domina el entendimiento y el corazon, y no puedo ménos de atribuir tan maravilloso cambio á motivos muy puros, porque las pasiones no estan interesadas en él como lo estan en el del hombre que pasa de la religion á la indiferencia ó á la incredulidad positiva.

Si los jóvenes incrédulos pudieran estar bien convencidos de haberse decidido al partido de la filosofía irreligiosa del siglo por amor á la verdad y á la virtud; si despues de haber abandonado el cristianismo se hiciesen mas circunspectos en sus discursos, mas aplicados á sus deberes, si fuesen mas severos en sus costumbres, y mas irrepreensibles en su conducta, quizá en-

tónces podria persuadirme de que ningun interes humano los habia llevado á la incredulidad. Pero seamos sinceros: ¿hay acaso algun jóven que se haga incrédulo solo por ser mejor, que abjure el cristianismo por salir de algun hábito criminal, y que rompa el freno de la religion solo para romper el de alguna pasion inveterada? ¿No es al contrario hablando en general la época de su irreligion la del principio de una conducta desarreglada? Antes que el amor al placer se apodere del alma de un jóven, ama y respeta la religion; pero cuando para entregarse á sus pasiones quiere sacudir el yugo del deber, empieza sacudiendo el de una religion impropia, y busca en máximas mas cómodas los medios de tranquilizar su conciencia, y calmar sus inquietudes: un corazon extraviado por las pasiones tiene siempre razones secretas para tener por falso lo que es verdadero: del fondo de la naturaleza corrompida se levantan nubes que oscurecen la inteligencia, y en este estado se cree fácilmente lo que se desea; pues cuando el corazon se entrega al placer que seduce, el entendimiento se abandona gustoso al error que le justifica. Si, señores, las únicas razones del incrédulo son frecuentemente sus mismas pasiones.

Unos, arrebatados por el orgullo, por no sé qué amor desenfrenado de independencia, y enemigos de toda sujecion, aspiran tan solo á sacudir todo yugo, aun el de la Divinidad, y sintiéndose casi humillados en reconocer por su señor al Rey del cielo y de la tierra, parecen unirse á la turba de insensatos de que habla el Profeta para decir con ellos: „Yo no dependo „mas que de mí solo; libre en mis sentimientos, „¿quién me impedirá manifestarlos? Soy dueño „ño de mis labios, todo freno me es odioso, y yo „sabré romperle: *Labia nostra a nobis sunt.* „¿Quién tiene derecho de imponerle silencio „y de arreglar mis acciones? ¿Quién me manda? *Quis noster Dominus est* (1).” ¡Y podrá, decidme, un hombre semejante aficionarse á una religion que no respira mas que sumision y sencillez, y que quiere enseñarnos á ser pacíficos y humildes de corazon? No, estos son incrédulos por orgullo. Otros se entregan á todos los excesos de una naturaleza corrompida; levántase al principio en su corazon una guerra intestina; se traba el combate de la virtud contra el vicio; y fatigados de esta lucha, y querien-

(1) Salm. XI. 5.

do vivir sin turbacion, se lanzan en la incredulidad como en un asilo contra los remordimientos; pero viviendo apénas como hombres, ¿podrán pensar como cristianos? No, estos son incrédulos por corrupcion. Hay por último otros que sin entregarse á lo mas vergonzoso y brutal de la disolucion, aborrecen sin embargo toda sujecion, y quieren dejar correr libremente su entendimiento y su imaginacion: estos no conocen mas reglas que sus gustos y sus caprichos; necesitan un placer dulce, una vida sin contradiccion, una série de placeres delicados á que se aficionan acaso tanto mas cuanto son ménos groseros. ¿Y se sujetarán á una religion que exige tantos sacrificios? No, estos son incrédulos por molicie. Sí, señores, de todos los enemigos del cristianismo puede decirse en general lo que la Bruyére ha dicho mas particularmente de los ateos (1): „Yo quisiera oir á un „hombre sobrio, moderado, casto y justo, decir „que no hay Dios; á lo ménos este hablaría sin „interes: pero semejante hombre no se encuentra.”

Sed ahora, señores, vosotros mismos los jue-

[1] *Caractères*, cap. XVI. *Des Esprits forts.*

ces. Si es cierto lo que acabamos de sentar, si los motivos de la incredulidad de los jóvenes son únicamente sus mismas pasiones, si aunque tengan en sus labios el lenguaje de la convicción, no la sienten en el fondo de su corazón; si se han hecho incrédulos solo por ligereza y sin reflexión; en una palabra, si su incredulidad no es ilustrada, sincera ni desinteresada, ¿podrán permanecer tranquilos en sus extravíos? ¿Podrán, si quieren obrar con juicio, dejar de someter su incredulidad á un nuevo exámen? Este es el fruto que esperamos del presente discurso.

Salid pues, señores, salid de vuestra apatía; escuchad la voz que os invita á daros cuenta á vosotros mismos de vuestras opiniones demasiado precipitadas. ¿Será exigiros mucho pedir que os mostreis por fin racionales? Precaueos contra esos novadores impíos del último siglo que nos han dejado por herencia únicamente sistemas monstruosos. ¿Iréis siempre, jóvenes imprudentes, á beber en esas fuentes envenenadas? ¿A qué aguardais para desechas con horror todas esas teorías, que despues de haber sido confundidas tan manifestamente por la experiencia, no deberian parecer ya sino sueños espantosos? Yo no intento negar á sus

autores la ciencia ni el saber, no. Bien sé que entre ellos han brillado algunos á quienes la naturaleza habia prodigado todos sus dones: pero á los ojos del hombre honrado nada es el talento si no se hace buen uso de él. Yo quiero antorchas que iluminen, y no hogueras que abrasen. Tampoco diré que los escritores del siglo de Luis XIV estuviesen exentos de las debilidades de la humanidad. No: las preocupaciones de la educacion, y el espíritu de secta ó de partido pudieron extraviarlos en algunos puntos de doctrina: tampoco fué siempre enteramente casta la pluma de muchos de ellos; pero á lo ménos no se hallarán en sus escritos esas máximas perversas que confunden el vicio con la virtud, que rompen el yugo de toda religion, y arrebatando al crimen sus terrores, á la virtud sus esperanzas, á la desgracia sus consuelos, su apoyo á la moral, y su base esencial á la sociedad, seducen á los pueblos, y los conducen á un trastorno universal. Cuando en el centro de esta capital se hacia el apoteosis del patriarca de los presuntuosos ingenios incrédulos, entónces, era cuando se escarnecia todo lo mas sagrado que hay entre los hombres: entónces, entónces se atraia sobre la religion, sus altares y sus ministros el odio, el desprecio y todos

los furiosos; y entonces se minaban filosóficamente hasta por los cimientos todas las instituciones de la patria. Entonces era cuando los novadores con el *Contrato social* en la mano pretendían emancipar la naturaleza humana, y conducirla á una independencia que solo podía realizarse uniendo la ferocidad del salvaje á la depravacion del hombre civilizado. Pero yo no sé que las furias de la anarquía hayan invocado jamas por patronos á Descartes, á Pascal, á Bossuet, á Fenelon, á Racine, á Corneille, á la Bruyère, á Masillon, á Lamoignon, ni á d'Aguesseau. La blasfemia no era un juguete para estos grandes hombres, ni la indiferencia por la religion era para ellos valentía de alma. A vosotros, ó jóvenes franceses, á vuestras almas generosas recuerdo estos grandes personajes: sean siempre sus principios los vuestros; si alguna vez se extraviaron en su conducta, evitad vosotros sus extravíos, mostrándoos así mejores que vuestros modelos: su fe perfeccionó sus virtudes sin perjudicar en nada el vuelo de su ingenio; pues á la verdad no era irreligioso el que dió á luz la tragedia de Athalia, esa obra maestra de la poesia francesa. Sigamos sus nobles ejemplos: regenerada entonces la Francia, presentará á la Europa atónita el mas hermoso de

todos los espectáculos: el de un pueblo que sabe unir costumbres severas al brillo de las cualidades militares, aprovecharse de sus extravíos para hacerse mejor, y hallar en sus mismos infortunios un manantial de nuevas prosperidades.